

# LA REINA DEL EXILIO

HERMINIA LUQUE

LA REINA  
DEL EXILIO



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>  
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la sobrecubierta: Estudio Calderón

Primera edición: marzo de 2020

© Herminia Luque, 2020  
© de la presente edición: Edhasa, 2020  
Diputación, 262, 2.ª<sup>a</sup>  
08007 Barcelona  
Tel. 93 494 97 20  
España  
E-mail: [info@edhasa.es](mailto:info@edhasa.es)

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com).

ISBN: 978-84-350-6359-3

Impreso en Liberdúplex

Depósito legal: B 3030-2020

Impreso en España

*A Francisco Manuel Martín Cobos.  
Por su amor, su comprensión, su apoyo  
infinitos.  
Por sus maravillosas fotografías de cielos  
exactos y finitos.*

«Mis secretos me muestran. Son mi único hogar».

Julia Uceda

# Capítulo 1

## Palacio de Castilla

No sabes en qué avispero te vas a meter. Eso le hubiera dicho ella.

Sonrió. Se sentía bien, alegre, divertido incluso. El palacio no le había causado la más mínima impresión: apenas era un caserón bien aperado. En París, eso sí. Pero en su ciudad natal había visto alguno mejor. Volvió a sonreír sin que hubiese espectador alguno que recogiese tan expresiva señal de su estado de ánimo. Esperaba de pie, junto al ventanal. Confiaba en ser recibido por la que fue reina de España, por la madre del actual rey. Por «la Gorda». Recordó un chiste soez sobre esta característica de la señora «Eres un canalla», le solía decir su mejor amigo, el único que tuvo. El chiste era bueno.

Cuando el coche se detuvo, hacía ya de eso una hora, suspiró, profundamente; había arribado, al fin, a su destino. Se palmeó los muslos y, luego, se levantó y salió. Le pagó al cochero el importe del trayecto, añadiendo además una generosa propina. Con ese dinero, podría comer en un restaurante en Madrid. No en Lhardy, pero sí en algún otro establecimiento de mediana categoría. Ya lo haría más adelante, algo que no podía decir la inquilina del palacio: ella no podía volver a Madrid. La compadecía. Por eso y por muchas cosas más. Pero también la despreciaba. Por haber sido una inepta como gobernante. Por haber deshonorado, hasta límites inconcebibles, la Corona de España.

Se quedó unos instantes inmóvil en la acera. El aire era tibio, más de lo que hubiera pensado para un abril parisino. Se estiró los faldones de la levita; el pañuelo de seda estaba en su

sitio, ni una mota de polvo en las mangas o en las solapas. Miró la fachada. El palacio Basilewski –o palacio de Castilla, como prefería llamarlo la reina– no era en absoluto llamativo, apenas si podía llamarse palacete. Una campana dorada, en la parte derecha de la portada principal, incitaba a ser tañida. Si él fuera niño, cada vez que pasase por allí, la tocaría y saldría corriendo. Julio tiró de la pequeña cadena, pero no hubo sonido alguno; la campana carecía de badajo. En el interior, sin embargo, sonó de repente un repiqueteo multiplicado por algún elemento mecánico. O tal vez eléctrico.

Después de unos instantes casi eternos (le dio tiempo a repasar, mentalmente, las instrucciones recibidas, todas y cada una de ellas), se abrió la puerta. Una doncella le preguntó, en español, qué deseaba. A él, para embromarla, le dieron ganas de hablarle en italiano, pero se limitó a expresar el motivo de su visita, tendiéndole la tarjeta que, en previsión, tenía ya en la mano.

–Un error imperdonable –le diría luego la reina–. Un caballero debe esperar ser reconocido. Si no lo es, debe hacer creer al servicio que es problema suyo. Luego sacará la tarjeta con desgano, como quien no quiere la cosa. Amigo mío, ¡le quedan por aprender algunas menudencias!

A sabiendas o no, la reina lo había llamado provinciano.

La techumbre del vestíbulo estaba sostenida por seis columnas de orden dórico, inmensas, apoyadas sobre unas estrafalarias basas octogonales que le recordaron las de la catedral de Granada. Al fondo, una escalera iluminada por un ventanal se bifurcaba a izquierda y derecha después del primer tramo, de unos quince o dieciséis escalones.

–No está mal... –pensó– como cortijo.

La doncella lo condujo hacia un saloncito situado en la parte baja de la casa, cerca de la escalinata, y le rogó que aguardase. El recién llegado oyó cómo subía los escalones con rapidez, no porque las suelas de su calzado produjesen un ruido especial, sino porque lo hacía con celeridad. Eso le produjo cierta satisfacción: su llegada, sin duda, era esperada; puede que hasta con ansiedad.

Pese a los buenos augurios, hubo de esperar una larga hora. Se dedicó a fisgonear en las estanterías, que estaban repletas de libros. La estancia sin duda servía, además de cámara de tortura para los visitantes, como contenedor de libros, ya que no de biblioteca en sentido estricto. Los libros, aunque sin una mota de polvo, parecían no haberse movido nunca. Eran casi todos títulos en castellano, aunque también había algunos en francés. Entre éstos, los más conocidos de Alejandro Dumas.

Sobre un veladorcito de caoba reposaba un ejemplar de una de las novelas cuyo protagonista era el famoso Rocambole. Julio lo hojeó. Su conocimiento del francés era bastante mediocre; lo chapurreaba, mas su dominio del idioma escrito era deficiente y desconocía el significado de muchas palabras. Cerró el libro. Siempre había preferido ir a tirar piedras al río o a callejear por Triana que aguantar las clases de francés de don Gustavo.

Se sentó en un sillón de terciopelo algo desgastado; enseguida se levantó, miró al cielorraso. La factura del medallón de escayola que decoraba el centro del techo le pareció mediocre: las guirnaldas eran de una fealdad sorprendente; los pequeños frutos que sobresalían del follaje, más que manzanas, parecían tomates. Los operarios habían olvidado incluso eliminar algunos fragmentos de escayola que debían de sobresalir del molde.

Pasó revista después al mobiliario. En alguna casa burguesa había visto mejores sillones. Las butacas estilo Imperio parecían de almoneda. Tan sólo un bargueño, situado entre las puertas que daban al jardín, tenía cierta calidad. Puede que fuese antiguo; tenía incrustaciones de marfil y columnitas salomónicas de ébano. Tuvo que reprimir el impulso de abrir alguno de los cajoncitos.

Desvió la mirada hacia un curioso asiento, remozado con una tapicería de *petit point*. Parecía una labor casera, por la irregularidad de ciertos puntos. Alguna voluntariosa mujer había dibujado con la aguja un variopinto ramo de tulipanes, rosas, narcisos, aguileñas, lilas blancas, nomeolvides y otras pequeñas flores que Julio no supo identificar. Y eso que había estudiado

concienzudamente todo lo referido a la flora para no equivocarse con la flor de lis (en realidad, la estilización de un lirio común, aunque eso a ella no se lo diría jamás). También eran florales los motivos de una serie de cuadritos ovalados que, en número de nueve, colgaban en la pared. Igual que, a su lado, un bodegón antiguo, un óleo sobre lienzo, representaba diversos tipos de flores junto a una cestilla de cerezas y unos espárragos. «Bizarra mezcla», se dijo. Aunque, viendo el fondo tan oscuro y craquelado, su valor debía de ser ínfimo.

De repente, un reloj marcó un breve sonido. Eran las doce y media. El reloj, sobre una consola con apliques de bronce, se hallaba entre dos jarrones estilo Sèvres de fondo azul marino y adornos dorados; en ellos, sendas escenas galantes, semejantes pero no idénticas. Se acercó para contemplarlas. Los personajes eran los mismos: una damisela ataviada al modo rococó, un joven tañedor de laúd con calzones y casaca de raso brillante. En una de ellas, el cortejo parecía estar en su momento álgido. En la otra, la acción galante parecía haber dado sus frutos; resultaba más bien una escena *post coitum*: la damita desfallecida sobre el tronco de un árbol, el joven tañedor en una postura relajada sobre la hierba, el laúd también bocabajo sobre la hierba.

—¿Le gustan? —preguntó una voz a sus espaldas.

Dio un respingo.

—Son regalo de Eugenia. ¡La pobre me quiere tanto!

La que fuera reina de España hasta el sesenta y ocho le tendía la mano; una mano gordezuela y desnuda, con un solo anillo, una piedra azul con diamantitos alrededor.

Él la besó con unción, doblando la rodilla.

—Majestad, un honor...

—Levántese, joven. Venga, venga. —Isabel le sonreía con benevolencia, halagada por la genuflexión, que había sido prolongada, más de lo requerido según la etiqueta cortesana—. Hoy ya nadie se inclina ante una reina sin corona. —Su expresión podía parecer amarga, pero en una voz cantarina como la suya resultaba simpática.

Vestía un traje de mañana de rayas azul marino sobre fondo blanco que no le favorecía en absoluto, pues resaltaba en

exceso sus formas opulentas. «Jamona atocinada», hubiera pensado si hubiera visto una dama de tales hechuras bamboleándose por Recoletos o el paseo del Prado. «Impresionante matrona», le diría a Sagasta, aun cuando la correspondencia estuviera sometida a la más estricta confidencialidad.

–Siéntese, joven.

La reina había tomado asiento en una de las butacas estilo Imperio. A él le señalaba un silloncito Luis XV, mucho más frágil.

–De modo que usted es Julio Uceda. El «apreciado Julio» –hizo una pausa–. Así lo llama el pícaro de Sagasta en las cartas.

–Sí, majestad.

–Ay, joven. Bájeme el tratamiento, que la corona se quedó allí, en Madrid. Y ahora la lleva puesta, y bien requetepuesta, Alfonso.

–Perdóneme. La devoción que siento por su real persona me impide llamarla de otro modo. Sólo el pensar que estoy ante la reina Isabel hace que me tiemblen las rodillas.

–¡Las cosas que dice usted! –La reina rio de buena gana–. Sea: majestad, o lo que quiera. Le doy mi permiso. El caso es que ya se acostumbrará y ya le temblarán menos las rodillas. –Luego, pragmática, inquirió–: ¿Tiene la carta de presentación?

–Sí, majestad. Aquí está.

Le tendió un sobre color marfil cerrado con un grueso sello de lacre rojo. Al acercarse a la real persona, percibió un perfume de gardenia, excesivo y cargante. La reina tiró con brusquedad de la solapa del sobre, rompiendo el lacre.

–Las lentes –se acordó. Tocó una campanilla y una doncella, que debía de estar cerca de la puerta oyendo a escondidas la conversación, se apresuró a buscarlas. La joven no era la misma que le había abierto la puerta; ésta era más bonita. Sacó con presteza las lentes de uno de los cajoncitos del bargueño, guardadas en una cajita de dibujos chinescos. Eran unas anticuadas antiparras con un cordón azul marino.

La reina se las colocó con una parsimonia cardenalicia.

–Mi vista ya no es lo que era. Antes podía leer hasta la letra de Olózaga, diminuta y fea como ella sola. Parece mentira que

un hombre de su enjundia tuviera una letra tan mala. ¡Lo que me hizo sufrir con esos garabatos!

A Julio no le sorprendió que se acordase de un jefe de gobierno que lo fue durante un brevísimo lapso de tiempo y hacía ya casi cuarenta años. Decían que había sido su primer amante.

La reina leyó en silencio, aunque moviendo imperceptiblemente los labios, como suelen hacerlo las personas deficientemente alfabetizadas. La carta constaba de dos pliegos. En ella, Sagasta glosaría todas las cualidades que lo hacían apto para una tarea bien delicada: su saber, su discreción, su alta cuna sobre todo. «La adhesión incondicional a la persona de Su Majestad», escribía Sagasta. Lo que, entre líneas, podía leerse como un apoyo a la causa isabelina –si quedare algo de ella– por encima de la debida fidelidad al rey Alfonso. El monarca llevaba ya más de siete años en el trono, aunque a esas alturas aún trataba de establecer distancias entre la nueva monarquía que él encarnaba y la vieja institución que representaba su madre. Y, de hecho, Isabel conservaba aún un puñado de incondicionales, cada vez más escaso, es cierto, que creían que la corona era suya, legítimamente suya, y no propiedad de su hijo y «del Cánovas», como decía despectivamente algún marqués, subrayando de este modo tan malicioso la excesiva influencia del político malagueño en el joven monarca.

–De modo que futuro conde de Periana..., emparentado con los marqueses de la Casa-Loring. Ah, la marquesa, Amalia. ¡Qué elegante! La recuerdo de mi viaje a Málaga, en el 62. En aquel viaje nos alojaron..., ¿cómo se llama ese palacio que está cerca del puerto?

El desconcierto de Julio era evidente. No tenía ni idea de qué palacio hablaba. Por fortuna, la reina hizo memoria:

–¡Ah, sí, ya me acuerdo! El palacio de la Aduana, muy bonito... Lo arreglaron muy bien, muy agradable todo. –Iba a continuar evocando algunos detalles de sus estancia allí, pero al fin los pasó por alto. Málaga hubiera podido ser la ciudad en la que se acostara casada y se levantase viuda. La pintura con la que se había retocado el mobiliario del dormitorio

del rey (dormían siempre separados) resultó ser tóxica. Y el rey consorte tuvo un violento sarpullido por todo el cuerpo, Volvió al tema del parentesco—: Amalia... ¿Cómo era de soltera? Algo inglés, ¿no?

—Sí, majestad: Amalia Heredia Livermore.

—El rey abrió el baile con ella... Aunque tengo entendido que no le gustaban mucho los saraos y sí mucho los «cacharritos» antiguos... ¿Sigue coleccionándolos?

A Julio no le pasó desapercibido el tono despectivo con que se refería a Amalia Heredia Livermore, marquesa de Casa-Loring, y a su valiosa colección de objetos arqueológicos. Quizá no le perdonaba su estrecha relación con Cánovas, el principal valedor de su hijo para el acceso al trono pero también su enemigo *in pectore*.

—Sí, majestad. —Pensó en añadir «posee una notable colección». Se sabía hasta el nombre de alguno de los objetos (por ejemplo, unas planchas de plomo con una ley romana, ley no sé qué malacitana); no obstante, debía complacerla, por lo que añadió—: Es su principal entretenimiento.

Isabel sonrió.

—Un entretenimiento como otro cualquiera. Aunque caro, eso sí. ¿A usted le gustan las antigüedades? No, no me conteste; ya sé lo que le gusta a usted: los papelotes viejos. Por eso está aquí.

—Por eso y por la devoción que siento hacia su majestad. Y no sólo como madre de nuestro rey Alfonso...

—Huy, huy, huy. Pronto empezamos con los halagos... —La reina seguía sonriendo. Unos hoyuelos infantiles se dibujaban en sus mejillas mantecosas.

—Majestad, no son halagos: es la pura realidad. Yo...

—Déjelo, que se va a meter en un berenjenal con eso de las lealtades... Mañana empezaremos con el trabajo. ¿Qué le parece? Yo ahora voy a almorzar.

Julio se levantó como movido por un resorte. La reina le tendía la mano.

—Escribiré a Sagasta. Se ha portado como un caballero... No como otros...

La referencia a Cánovas era clara. El que, hasta el año pasado, había sido presidente del Gobierno en la restaurada monarquía, no soportaba a la reina. Lo suyo no eran simples desaires: Cánovas la detestaba. Y, de algún modo, la temía también. Temía su capacidad para destruir, insensatamente, toda la labor realizada para devolver el trono de España a la dinastía de los Borbones. Isabel, en su fuero interno, no acababa de aceptar que fuese su hijo y no ella quien ciñera la corona después del disparatado período en el que habían sido importados un rey y una reina italianos y se había probado el acíbar de una república tan insensata como efímera. La nación estaba exhausta con tantos vaivenes políticos. Pero el obstáculo más severo para la consolidación de la monarquía alfonsina era la propia reina madre. Cánovas estaba convencido de ello. Se había opuesto con ferocidad al deseo más ferviente de Isabel: establecerse de nuevo en la península. Como mucho, le había permitido viajar, por una corta temporada, a Madrid y Sevilla. Por el contrario, Sagasta era mucho más benevolente con ella. De hecho, acababa de darle una muestra de su extraordinario talante. Y de su habilidad política también: Isabel ya no sería rehén de nadie. Si acaso de su esposo, del que vivía separada espiritual y materialmente.

La reina debía estar muy agradecida a Sagasta. El mismo que había sido condenado a muerte por su participación en la famosa Noche de San Gil (de la que sólo escapó huyendo a Francia); el mismo que, como director del periódico *La Iberia*, publicaba el manifiesto del 68 en el que se leía, junto con el lema «Viva la libertad», el otro de «Abajo los Borbones», el mismo que ahora era presidente de un gobierno amparado por una constitución que afirmaba, en su artículo 48, que la persona del rey es «sagrada e inviolable». Y, en el 59, que «el rey legítimo de España es don Alfonso XII de Borbón».

—No olvide traer todos los documentos —le advirtió. Isabel sonreía de nuevo. Le había caído en gracia, de eso no tenía duda. Algo tendría que ver en ello su excelente facha: su altura más que mediana, su porte elegante (mitad caballero español, mitad cosmopolita); su abundante pelo castaño y su

recortada barba, más rubia que el resto del cabello; sus ojos, oscuros y vivaces; su tez trigueña; la expresión de su rostro, risueña y franca. No obstante, un frenólogo avezado hubiese advertido que, si bien su ancho cráneo indicaba un valor y un coraje excepcionales –siendo muy estrecho en los tachados de cobardes–, la prominencia de las sienas proclamaba a las claras un espíritu intrigante y malévolo, dado a la falsedad y al disimulo (por el contrario, en las almas sencillas y cándidas, como ocurre en muchas jóvenes, en el mismo caso aparecen notables depresiones).

–Es mi deber, majestad.

La señora tocó la campanilla. Apareció la misma doncella de antes, quien, después de darle las lentes a la reina, había desaparecido con sigilo. Julio miró los rizos negros que escapaban de la cofia blanca. Y el talle fino, ceñido por un impoluto delantal blanco que destacaba sobre la simplicidad de un vestido de lana color marrón.

–*Mamuasé* lo acompañará hasta la salida.

A Julio le costó unos segundos entender que la señora quería decir *mademoiselle*. Miró a la joven, que permanecía con la mirada baja, e hizo luego una profunda reverencia. Ya se disponía a salir cuando la reina lo retuvo con un vivo gesto de su mano.

–Una última pregunta, joven. –Los ojos de la reina se achicaron con picardía–. ¿Es cierto que Sagasta hace vida marital con una señora... sin estar casado con ella?

No tuvo más remedio que dar una respuesta afirmativa: en efecto, desde hacía más de veinte años, Sagasta estaba «amontonado» –como decían algunos para no proferir la detestable palabra: «amancebado»– con una mujer. Ella, Ángela Vidal, seguía legalmente casada con otro hombre, un señor que le triplicaba la edad en la época del connubio. No era cierta la leyenda de que Sagasta la hubiera raptado; sí era cierto que la joven había sido obligada por su padre a casarse. La reina debía saberlo de sobra.

–En todos sitios cuecen habas –la oyó murmurar mientras salía.

## Capítulo 2

### El caramelo

—Mil y un reales.

Dijo el guarismo con total tranquilidad. No lo decía al azar la mujer, ni mucho menos como expresión de una cantidad verdaderamente asombrosa (que lo era); el infinito para muchos mortales, más aún para una mujer como ella. Milagros la miró con fijeza: el pelo, aceitoso, recogido en un moño bajo; el mantoncillo, con unos flecos ridículos, remetido en la cintura de una saya de percal con faralaes; el delantal, de un color indefinido, lleno de manchas y las alpargatas, de las que salían unas canillas flacas arropadas en unas medias de color terroso. Toda su persona le inspiraba un creciente asco, incluido el anillo de plata con una hermosa piedra azul que llevaba en la mano derecha. Le daban ganas de arrancárselo de la mano y pisotearlo. De modo inconsciente, fue a tocar su propio anillo, una pieza de oro con un diamante que no estaba a la vista. Mientras venía en el coche, se había puesto los guantes de cabritilla, aun a pesar de lo avanzado de la estación, día quince de un mes de mayo caluroso.

La mujer le sostuvo la mirada. Su rostro cetrino no mostraba ninguna emoción, ninguna vacilación tampoco. Sin duda, era una cifra pensada, acariciada durante largo tiempo. Quizá barajase, después de hacerse con tal cantidad de dinero, dejar el negocio. Eso por llamar de alguna manera al sitio en que se encontraban, una venta miserable en la que servían chorizo frito y vino peleón a gentes de malvivir, los únicos que pululaban por esos lares. Aunque a veces también se acercaran señoritos en busca de alguna fulana guapa. E incluso, de tarde en tarde,

se dejaba caer alguna señorona con un acompañante equívoco; alguien a quien, por gracia, llamaría primo, si bien todo el mundo sabría que no era ni pariente ni marido.

En verdad no se hallaba demasiado lejos de la villa, apenas a un cuarto de legua de la pradera de San Isidro, pero a Milagros todo aquello le parecía otro país, otra raza humana la de esos miserables con los que tenía que tratar.

Debajo del chamizo sólo había dos mesas y cuatro sillas desaparejadas; dos de ellas, de enea, muy recompuestas; otra, de estilo josefino, con el asiento desventrado y un cartón con una arpillera encima; la de más allá, en tiempos una buena obra de ebanistería, había perdido las maderas del respaldo y las patas estaban astilladas en dos terceras partes de su longitud. Milagros había rehusado sentarse, a pesar de que se sentía cansadísima después de la caminata que se había dado para llegar allí.

Dentro de la casucha, donde estaba la niña, ni se había atrevido a entrar.

Se abanicó con fuerza. Un calor le subía por el pecho hasta las mejillas, enrojecidas de puro furor.

—Mil y un reales... Si los tuviera... —farfulló.

—Mire *usté*, ése era el trato: la niña se quedaba conmigo hasta que se pagase la deuda. Y si ahora le ha encontrado acomodo, que me parece que sí, y quiere llevársela, pues ha de pagarme lo que le presté; quitándole, eso sí, la migaja de sueldo de lo que la criatura ha trabajado. Bien poco, porque es un alfeñique, una maltrabaja. Ni fuerzas tiene para restregar los cacharros con arenilla. Se le derrama el vino cada dos por tres. Y nunca se ríe, qué cosa, ni cuando le dan un pellizco los parroquianos.

—Eso es un robo —se atrevió a decir Milagros.

—¿Qué? ¿No le conviene? —La mujer esbozaba ahora una sonrisa. Las arrugas flechaban el contorno de sus ojos, que se entrecerraron hasta convertirse en una línea.

Milagros se dio cuenta, con preocupación, de que un tipejo de vientre abultado, ceñido con una faja encarnada y chaquetilla corta, salía de la casucha y se quedaba apoyado en el quicio de la puerta.

—¿No quiere ver a la niña? Rafael, dile que venga.

El susodicho se despegó de la puerta y, girando la cabeza, voceó hacia el interior. Al cabo de unos instantes, desocupó el vano para dejar pasar a la niña. Ésta avanzó un par de pasos, luego se detuvo. Llevaba una camisilla de color parduzco y una saya corta, zurcida y llena de lamparones.

–Acércate, criatura.

La niña, no sin cierta vacilación, obedeció. Milagros le pasó la mano enguantada por el pelo.

–Está más delgada. –Su tono era de acusación.

La mujer sonrió.

–Eso es que ya mismo le viene lo suyo... El mes.

–Sólo tiene doce años –murmuró Milagros.

–Con catorce estaba pariendo yo una criatura que se me murió a los tres meses.

«Sí, las conejas como tú empiezan pronto», pensó Milagros.

–¿Quieres un caramelo? –preguntó, sin embargo, mientras rebuscaba en su bolsito, un tanto ridículo, de terciopelo algo ajado.

La chiquilla asintió, extendiendo una mano sucísima.

–Pero antes lávate las manos. Y luego te daré el caramelo. Un caramelo de limón.

La mujer le daba instrucciones a la niña:

–Coge agua del cántaro. Pero no la tires. Déjala en el brillo.

El agua debía ser un bien muy escaso. La criatura volvió al interior de la casucha, momento que aprovechó Milagros para decir:

–Sólo le puedo dar trescientos reales.

Sacó una bolsita de tela, atada con un cordón muy basto, que llevaba oculta entre las ropas.

La mujer se acercó y la cogió.

–Aquí no hay ni *ducientos* –dijo sopesándola.

Milagros sintió de nuevo que la ira le subía por la garganta.

–Doscientos cincuenta. No tengo más.

–El duque tiene parné –objetó la otra.

Milagros movió la cabeza displicentemente, como queriendo sacudir malos recuerdos.

–El duque... Hace mucho tiempo que no lo veo. Tiene tantas ocupaciones...

La mujer intercambió una mirada con el hombre que seguía apoyado en la pared, al lado de la puerta.

–Gran favor que le hacemos, señora. La niña se irá con *usté*. Pero el anillito ése que lleva puesto nos lo deja en prenda...

Milagros se quitó el guante con rabia mal disimulada. Antes de darle el anillo, puso una condición:

–La niña. Que venga la niña.

La mujer se dirigió al interior de la casucha. Al poco volvió con la niña y un hato de ropa. Sólo entonces, Milagros, sin mediar palabra, le dio el anillo. La mujer lo escondió con una rapidez inusitada en su seno. Milagros tomó de la mano a la niña, rehusando el hato mugriento que la mujer le tendía.

–Ya la vestirán allí –dijo, altanera.

La niña reclamó el caramelo.

–Vámonos. Te lo daré en el coche.

–Con Dios –se despidió la mujer con retintín.

Anduvieron un trecho por un camino polvoriento. Cada vez se veía más gente: mozas, mozos, chicuelos, niñas con flores en el pelo, hombres que se ayudaban al caminar con una garrota, mujeres envueltas desde la cabeza en mantones de lana, las chulas, ceñido el mantón al cuerpo; todos acudían a la pradera del Santo. Milagros se arrepentía de haberle pedido al cochero que la esperase tan lejos de la venta. Pero le daba vergüenza incluso que un vulgar cochero la viera tratar con gente tan ínfima; los cocheros de punto, además, eran todos unos grandísimos correveidiles. Por uno de ellos había sabido, hacía ya mucho tiempo, que el duque tenía una nueva amante. Poco después la abandonó. A ella. A Milagros la Galana.

Un vendedor ambulante se puso a caminar al par de ellas.

–Señora, cómprele a la nena un santico. –Les enseñaba una figurilla de san Isidro, tan tosca como diminuta, pintada de colores chillones–. O una cinta para el pelo.

Milagros cogió con fuerza el brazo de la niña mientras apretaba el paso.

–*Engurruñía* –le dijo al fin el baratijero, harto de que ni mirase su maravillosa mercancía.

Acto seguido, las asaltó una buñolera que llevaba en un brazo, ensartados en un junquillo, una ristra de buñuelos y, en el otro, una hilera de rosquillas con azúcar.

–Delicias de la santa, buñuelos del Isidro –repetía su cantinela con una voz chillona.

Milagros se paró en seco.

–No queremos nada. Déjanos en paz.

La niña miraba los buñuelos y las rosquillas como si fueran una aparición. En su vida había visto unos dulces más grandes. Pero Milagros la separaba de esas maravillas a marchas forzadas. Ya tenían el coche de punto cerca. Cuando llegaron junto a él, no estaba el cochero, ni en el pescante ni en el interior.

–¡Pero dónde se ha metido este desgraciado! –estalló Milagros.

Se dio la vuelta y se fijó en un bulto en un rodal de hierba cercano. El buen hombre se echaba una siesta a pleno sol.

–¡Ea, buen hombre! Ya estamos aquí –le gritó.

Y antes de entrar en el coche le dijo:

–Deprisita, venga. A la calle de la Reina.

La niña, después de observar con curiosidad el interior de la berlina, le recordó el prometido caramelo. Milagros se llevó la mano a la frente.

–¡Ay, el caramelo! ¡Creía que llevaba un caramelo y era un dedal! Mira. –Y le enseñó un dedal de cerámica, pintado con flores azules, que había extraído del bolsito.

La niña no dijo nada y, con el primer traqueteo del coche, se quedó dormida. Cruzaron por el puente de Toledo. Milagros, angustiada, no veía la hora de acabar con la faena. Todavía le quedaba un mal trago. Porque, si malo era tratar con gentuza, peor era hacerlo con la santurronería. Las reservas de hipocresía, había notado, se le agotaban con demasiada facilidad últimamente. Sólo tenía ganas de volver a casa, aflojarse el

corsé y embucharse media botella de Valdepeñas fresquito. Jacinto no llegaría hasta la noche. Mejor, así descansaría. Cada vez le gustaba más la cama, pero para desparramarse en ella y dormir a sus anchas. Metió la mano en el bolso; extrajo un caramelo, lo desenvolvió cuidadosamente y se lo echó a la boca con rapidez.

La niña, que había abierto los ojos en ese momento, la miró con odio.

## Capítulo 3

### Dos vespertinos

Al día siguiente Julio hizo a pie gran parte del trayecto. Anduvo a paso ligero, con su bastón –un fino junquillo de la China– bajo el brazo.

No dejaba de admirar la anchura de los bulevares parisinos, el perfecto adoquinado de las calzadas, las aceras limpias. Le causaba una grata impresión, asimismo, la abundancia de árboles, que proporcionaban una fresca y civilizadamente natural sin que por asomo pareciese ese conjunto de troncos, ramas y hojas algo campestre o, peor aún, un paisaje natural. A la legua se veía que esas hileras de árboles habían sido dispuestas por la mano del hombre y no por capricho de la Naturaleza.

Julio detestaba el campo con todas sus fuerzas. Lo rural le parecía siempre inferior a lo urbano. Incluso esas cosas tan alabadas habitualmente como el aire puro o la ausencia de ruido se le antojaban una insignificancia comparadas con las bondades de un razonable transporte –público o privado–, la maravilla de un buen número de establecimientos comerciales de todas clases o el disfrute de la contemplación de un ir y venir de gentes perfectamente desconocidas, muchas de ellas hermosas mujeres. Él, que conocía de primera mano los pueblos, no podía sino adorar las ciudades. Una ciudad, como una fortuna, cuanto más grande, mejor.

Ya cerca de la avenida Kléber, tomó un coche de punto. Era importante guardar las apariencias, : qué pensar de un caballero extranjero que llega a pie a las puertas de una gran mansión. Se apeó a las puertas del palacio Basilewski.

Abrió la puerta un hombretón recio, de rostro hierático, patilludo; las mismas patillas que el rey, pero en un rostro más maduro, no tan juvenil como aún lo era el de Alfonso. Parecía estar sobre aviso porque, de inmediato, lo condujo a una estancia, distinta a la del día anterior. Era un despacho en la primera planta del palacete. Completamente abarrotado de muebles, cuadros y bibelots, al menos tenía dos ventanas que le aportaban luminosidad. Julio se acercó a una de ellas. Abajo se veía un suelo enlosado y un seto y, por encima de éste, asomaban las copas de los árboles con su claro verdor primaveral. Lo que más le llamó la atención fue la mesa de despacho, con un sillón que daba la espalda al ventanal; colocado justo al revés si se pretende que la luz del exterior caiga sobre la mesa, en la posición correcta si lo que se desea es ver la puerta de entrada. Si alguien utilizaba aquel gabinete de forma usual, claramente no deseaba ser sorprendido por una visita inesperada, pensó. Entre las ventanas, en un grueso marco dorado, destacaba un retrato del joven rey. Cerca de la mesa, un cómodo sillón con un antimacasar de encaje y un cojín de terciopelo marrón. El sillón tenía una mancha oscura en el asiento.

Mientras cavilaba sobre todo esto entró un caballero en la estancia. Julio lo reconoció de inmediato: el jefe de la casa real y marqués de Alta Villa, Ramiro de la Puente. No carecía de apostura, había que reconocerlo; era alto y de facciones regulares, pero el gesto era desafiante, casi chulesco, y las fosas nasales, ensanchadas, denotaban una cólera mal reprimida.

El de Alta Villa lo saludó con frialdad, sin invitarlo a sentarse, y él también permaneció de pie, como si fuese un encuentro fortuito.

–Usted es Julio Uceda. Tengo noticia de su visita de ayer –comenzó diciendo el recién llegado, que no se tomó la molestia de presentarse–. Y he de decirle que, francamente, me preocupó que no se cumplieran algunas normas protocolarias... Su majestad nunca recibe a desconocidos. Y menos aún sin el debido acompañamiento.

–La carta de presentación, de mano del señor presidente don Práxedes Mateo Sagasta, obra en poder de su majestad.

–Al propio Julio sus palabras le sonaron como una mala defensa.

–En efecto, en efecto. –La irritación del hombre no cedía–. Pero la gravedad del asunto no es poca.

Julio sabía que la causa de su indignación no eran las cuestiones de protocolo, ni siquiera las que atañían a la propia seguridad de la persona real; lo que lo enfurecía era comprobar que su ascendiente sobre la reina no había servido en absoluto. Isabel lo había recibido actuando a sus espaldas.

–La importancia del asunto radica en la delicada misión que me ha sido encomendada. –Julio miraba fijamente a su interlocutor. Más que como máximo responsable de la Casa Real, actuaba como amante despechado.

–¿Ha traído los documentos? –preguntó.

–Los documentos se aportarán cuando se cumplan las condiciones pactadas.

–¡Las condiciones pactadas! Las condiciones impuestas desde Madrid, querrá decir usted. Aquí estamos en París, señor mío. Y la reina puede actuar con libertad, aun dentro de las limitaciones de su situación actual. De modo que esas condiciones han cambiado.

Ramiro de la Puente tenía sobrados motivos para querer cambiar los requisitos de entrega de los documentos.

–Con todos mis respetos –contestó Julio con voz firme, sin dejarse amedrentar–, creo que, dadas las circunstancias, no sería buena idea que tratase de imponer ninguno de sus criterios personales.

–¿Qué circunstancias son ésas? –bramó Ramiro de la Puente.

–Las que implican el cese de sus responsabilidades como jefe de la casa real de su majestad. Las órdenes desde la presidencia de Gobierno son claras y tajantes al respecto.

Ramiro de la Puente se sentó en uno de los sillones y sacó un pañuelo de su bolsillo para secarse el sudor de la frente.

–No me diga que Cánovas no está detrás de esto... Aunque ya no sea el jefe de Gobierno. Siempre me ha odiado. Y ahora encuentra el modo de vengarse.

Julio no se sorprendió al escuchar tales afirmaciones, bastante cercanas a la realidad, por otra parte, si bien estaba obligado a afirmar lo contrario:

–Yo me limito a seguir las instrucciones del señor Sagasta. Las verbales y las escritas.

–¿Qué quiere decir con eso de «verbales»? –El tono de Ramiro era el de quien que se sabe derrotado de antemano, de quien ha luchado pero es consciente de que ha topado con un obstáculo insalvable.

–Aquéllas por las que se me ordena actuar con firmeza ante las posibles resistencias.

–De mi persona...

–La finalidad de mi gestión es que esos documentos –continuó Julio, obviando el comentario–, algunos de ellos muy comprometedores, lleguen a manos de su majestad. Para que lo custodie o haga con ellos lo que le plazca.

–Cuánta amabilidad..., por parte de los mismos que no quieren que la reina vuelva a España ni a tomar los baños... –El sarcasmo de Ramiro estaba más que justificado. Luego, cambiando de tono, proclamó–: No conseguirán echarme. Su majestad no lo consentirá.

–Su Majestad anhela, más que nada en el mundo, la posesión de estos documentos.

Ramiro de la Puente se rio con estrépito.

–¡Usted qué sabe sobre lo que desea su majestad!

Julio pasó por alto la implícita grosería.

–Le ruego no entorpezca la misión que tengo encomendada...

–La misión que tiene encomendada –repitió Ramiro–. Usted le está haciendo el trabajo sucio a Cánovas, que siempre ha aborrecido a la reina...

–Ahora, si no tiene más que añadir... –se limitó a decir Julio, preparando su despedida.

–Salga de inmediato de palacio –lo atajó Ramiro, levantándose con ímpetu del asiento.

Julio esbozó una sonrisa llena de conmiseración.

–Como guste –respondió.

Cuando bajaba el primer tramo de las escaleras, se dio cuenta de que alguien subía. Pensó en la doncella que le había abierto la puerta el primer día. Al llegar al rellano en ángulo con el tramo principal de la escalinata, comprobó que era una joven desconocida. Ella se quedó sorprendida por la presencia de un extraño, pero, en lugar de esquivarlo y subir por el tramo opuesto de las escaleras, continuó su camino por la trayectoria prevista. La joven debía encaminarse, si no a la misma estancia en la que él había estado, a alguna cercana. Julio vio que llevaba dos libros en la mano. No obstante, no fue eso lo que más le llamó la atención. Pese a la modestia de su vestimenta (un vestido de lana de color grisáceo, algo ajado), resaltaba la figura de la joven, grácil en extremo.

Cuando llegó a su altura, la saludó con un cortés gesto al tiempo de un «madame». Ella no se dio por aludida. Lo miró durante un instante y, sin decir nada, prosiguió su ascenso. Julio observó su espalda, maravillosamente delineada, de hombros ni demasiado anchos ni demasiado estrechos, y su cintura fina; una cintura que, a buen seguro, no había probado las dulzuras –ni las congojas– de la maternidad. El pelo, de un color castaño oscuro, lo llevaba recogido en un moño alto.

Al pisar la calle, le entraron ganas de silbar. Sabía que no tardaría en volver. Los días de Ramiro de la Puente como jefe de la casa de su majestad tocaban a su fin. O, como rezaba el pomposo membrete de sus cartas, de «Grand Maître de la Real Casa de doña Isabel II».

Dos diarios, dos vespertinos, le quedaban al de Alta Villa como amante real.